

«Desafiante como un puzle y ligera como una sonrisa, *Acequia* sorprende y emociona con su humor inteligente y su exquisita invención».

Sigilo, Argentina

«A través de fragmentos hábilmente entrelazados, el autor se mueve con destreza de lo individual a lo colectivo; es una novela en la que el humor sirve de punto de partida para explorar la mitología de una ciudad».

Dum Dum, Bolivia

«*Acequia* es una novela que con un estilo veloz, directo y certero nos sumerge en el absurdo, en la carcajada irrefrenable. Una comedia hilarante, escrita con mordacidad y fina ironía, esta novela narra lo mejor de las historias universales en el arte de lo singular, para desorientar y lanzar al lector a una lectura única e irrepetible».

Hueders, Chile

«Una novela que recuerda con humor las posibilidades del género. Editoriales embusteras, comediantes retirados y niños perdidos en el subsuelo convergen como hilos de agua, creando una obra que se cuestiona y se burla de sí misma».

Laguna Libros, Colombia

«*Acequia* está cargada de buen humor, paisajes cercanos y personajes tan singulares como universales. Una novela que viene con distintas (y divertidas) instrucciones de uso».

Severo, Ecuador

«*Acequia* es un caleidoscopio de pequeñas novelas que el voltaje literario de Colmenares transforma en una obra portentosa, erudita, extravagante y divertida, que es también la biografía de una ciudad».

Las Afueras, España

«Una novela que se mueve entre la tradición de Rulfo y el humor desenfadado de Ibargüengoitia. Una voz que se una a lo mejor de la nueva narrativa mexicana».

Chatos Inhumanos, EE.UU

«Esta novela presenta una enorme diversidad de miradas, historias y personajes que confluyen en la verdadera protagonista, la ciudad mexicana de la eterna primavera: Cuernavaca».

Antílope, México

«Desconcertante y ágil, *Acequia* está poblada de personajes vibrantes, que atraen al lector en su agitado mapeo de Cuernavaca. Una madeja de excentricidades, humor y oficio literario».

Pesopluma, Perú

«Humor del desconcierto, como el de su personaje Altaflores, Amaury engatusa con sus patrañas de *road movie* poética, muy en la línea de la mejor tradición literaria latinoamericana. No sé si es tan urgente abrazarlo como visitar Cuernavaca, pero sí resulta necesario leerlo ¡y muy pronto!».

Hum, Uruguay



FERIA INTERNACIONAL
DE LA DEL LIBRO
CIUDAD DE NUEVA YORK



LAGUNA+LIBROS



HUEDERS



PESOPLUMA



Sigilo



Duna Duna
editora



severo
EDITORIAL

CASA EDITORIAL
H U M

las afueras



ANTILOPE



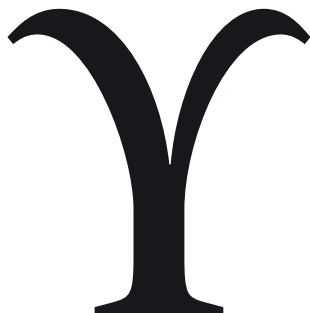
CHATOS INHUMANOS

LAS YUBARTAS

PREMIO HISPANOAMERICANO DE NARRATIVA

Primera edición

El 15 de junio de 2024, un jurado integrado por las editoriales Laguna Libros (Colombia), Pesopluma (Perú), Dum Dum (Bolivia), Las Afueras (España), Severo Editorial (Ecuador), Chatos Inhumanos (Estados Unidos), Sigilo (Argentina), Hueders (Chile), Casa Editorial Hum (Uruguay) y Ediciones Antílope (México) otorgó el I Premio Hispanoamericano de Narrativa Las Yubartas a *Acequia*, de Amaury Colmenares.



Amaury Colmenares

Acequia



PESOPLUMA

Acequia

Esta novela no podrá ser reproducida, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el Perú.

© del texto: Amaury Colmenares, 2024

© de la edición: Pesopluma, 2024

© de la ilustración: Cisco Jiménez, 2022

1ª edición: octubre 2024

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Novela

Tiraje: 500 ejemplares

Dirección editorial: equipo de Las Yubartas

Edición y coordinación editorial: Paloma Reaño

Revisión de maqueta: Marco Campos

Ilustración de portada: detalle de «Muestrario de formas orgánicas con tornamesa», Colección privada Hong Kong, Cortesía Maia contemporary, Mexico City

Diagramación de interiores: James Hart

ISBN: 978-612-4416-52-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-09669

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net

Impreso por Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora N° 156-164, Breña, Lima – Perú

Octubre de 2024

Uno

Pareciera que Cuernavaca fue diseñada con trampantojos: ninguna calle es recta, están todas llenas de caprichosas curvas, aunque sean muy discretas, muchas son tan empinadas que de lejos parecen paredes o abruptas caídas al vacío, y esto da la sensación de que las distancias son muy cortas; es habitual que la gente se pierda creyendo que las calles paralelas se conectan mediante las perpendiculares y que al tratar de regresar a una avenida principal mediante una callejuela lleguen más bien a otra colonia. Y es que la ciudad, asentada en el lomerío de las faldas de la sierra del Chichinautzin, está surcada por ciento cincuenta barrancas y cañadas y ha crecido sorteando el vacío.

La gente no tiene por qué tomar a bien una broma. No están obligados. Es cruel decir la verdad (una verdad no pedida) disfrazada de oveja. Los chistes son lobos disfrazados de ovejas, la carcajada el resultado de la revelación de los colmillos. Sonreír es mostrar el cráneo. La intención no es lo que cuenta. Nunca.

Es una mujer inteligente, aunque no tenga un gran bagaje cultural. Es de esas personas que caminan con un mismo gesto invariable, como si las plantas se pudieran desplazar sin renunciar al variado silencio de sus flores.

Hay personas flores, hay personas fruto. Ella es más bien una hoja. Una hoja que cae. El silencio de la hoja cuando toca el suelo. Se llama Julieta Lucía Pensamiento Borges y odia ese bobo juego de palabras de su nombre (Lucía Pensamiento).

Su padre era viverista. Su madre provenía de una familia de jardineros. A ella le gustaba correr entre las ramas, sobre todo en las tardes. Le gustaba ver cómo se mojaban y goteaban los árboles bebé, como llamaba a los retoños. Aunque en su familia conocieron periodos de prosperidad, siempre sufrieron quebrantos económicos. Su madre murió cuando Lucía era chica y su padre pasó largos años enfermo, postrado en cama hasta el final de su vida, intoxicado por los químicos con los que procuró el bienestar de las plantas.

Virgen del Naufragio, Nuestra Señora de Altamar, Fragmentaria Milagrosa, Náutica Prodigiosa... la patrona del puerto de la Bahía de Luminaria ha sido nombrada de muchas maneras a lo largo de su historia pues su misterio es perpetuo y sigue en curso.

Es la hora de su descanso matutino y el Lic. Aguas decide ir al supermercado de junto para buscar algo de comer. Se levanta de la silla y se aleja de su cubículo. Suena el celular y al ver que la llamada es de su amigo López Moctezuma baja a toda velocidad las escaleras, perdiendo por completo la compostura, y corre por el *lobby* hasta salir del Despacho Jurídico Ahorcado & Paniagua.

No quiere contestar adentro porque la conversación suele ser «inapropiada y poco profesional» (como le señalaron ya alguna vez sus jefes, cuando oyeron las barbaridades que decía a gritos), pero tampoco quiere colgar o hacer esperar más a su amigo. Fueron inseparables en la universidad y desde entonces mantienen una estrecha amistad; aunque viven en la misma ciudad y

hablan por teléfono todos los días y a todas horas, la última vez que se vieron en persona fue hace tres años. Como si creyeran que es mejor así, porque su apariencia no podría ser más contrastante: uno flaco y fachoso, con sus brazos musculosos y sus tatuajes de flores; el otro, barrigón, enfundado en un elegante traje azul, el rostro acaparado por sus lentes de armazón de carey (verdadero, cruel y políticamente incorrecto carey) como un marco exagerado para hacer protagónico su ligero estrabismo. Pero es como si la conversación anulara la distancia y el tiempo sin verse, pues comparten gestos, se ríen de las mismas cosas y cuando hablan se ven jóvenes, demasiado jóvenes, como niños a los que les cuelgan las mangas del uniforme del kínder, encorvados bajo una mochila demasiado pesada, como adolescentes tratando de mantener la compostura en una oficina. Toma la llamada en la puerta del edificio y sigue caminando apresuradamente hacia el supermercado. Saluda a su amigo:

—¡Ese mi Lópex!

—¡Mi Lic. Aguas! —le responde (le dicen así, Lic. Aguas, porque su nombre es Maximiliano Atzin Briones y una mañana, cuando el aula universitaria estaba sumida en el silencio marcial del pase de lista, a la maestra de Pluralismo Jurídico se le ocurrió explicar que ese era un apellido muy bonito porque en náhuatl *atzin* significa «agua pequeña, agüita»; a partir de entonces sus compañeros y futuros colegas comenzaron a conocerlo como El Aguas. Ya se veía desde ahí la simpatía y respeto que le tenían, porque nunca le dijeron El Agüita y luego, cuando todos se graduaron, le respetaron el grado académico en el apodo).

—École.

—Quiubo, amigo, estás todo guapo... cada vez más guapo —evidentemente se trata de un halago sin fundamento, pues

no lo ha visto en varios años ni tan siquiera en fotografías, y Lópex no usa redes sociales.

—No sé por qué será... —responde el Lic. Aguas sincera e injustificadamente chiveado.

—Todo hermoso...

—... porque siempre he sido feo.

—Yo en la secundaria era horrible.

—No, amigo, eso no puede ser, eras alto y fornido...

—¡Tenía granos y olía mal! Siempre he tenido la cara muy grande y en ese entonces la tenía gigante y con peinado de los hermanos Hanson. Ni un pedo me tiraba.

—Sí estás cabrón, pero yo era peor. Barrigoncito, medio bizco, todo blanco con ojeras, tenía un bigotito pitero que me dejé crecer quién sabe por qué y peinado lacio de lado. Fatal. Luego me dio por recortarme el bigotito a la mitad horizontal, como si hubiera tomado chocomilk, como chicano. Una pesadilla.

—No mames, me hubiera gustado conocerte en la secundaria.

—¡Wey, no mames, hay unos perros pegados! —informa Lópex.

—Qué horrible...

—¡Le están ladrando y lanzando la mordida a una señora, así pegados y todo!

En ese momento pasa una chica por el estacionamiento del supermercado. El Lic. Aguas se le queda viendo y ella le devuelve la mirada abiertamente. Trae el pelo suelto, chino, muy negro y largo. Le sonrío levemente mientras habla, se siente confiado en que hoy se ve bien, decidió dejar el saco y trae una buena camisa arremangada más arriba de los codos, unos pantalones con buen corte, ajustados, apropiados para

el despacho, y no se peinó con gel sino con una cera norteamericana que al parecer es fabricada desde que los vaqueros ganaban el Oeste. Además, va hablando por teléfono a gritos, algo que él, como es abogado, considera que en esta época dejada de la mano del buen gusto es el equivalente de fumar.

—La otra vez me dijo un europeo que los humanos también se pueden quedar pegados —comenta Lópex.

—No mames, no, imposible —responde el Lic. Aguas, conteniendo sus palabras porque la china camina casualmente junto a él por el pasillo de las verduras.

—Yo digo que sí se puede. No como los perros, pero seguro que hay circunstancias especiales...

Lópex expone entonces una serie de argumentos anatómicos que podrían sonar bastante convincentes, pero el Lic. Aguas no se deja engañar, sabe que Lópex está deformando la realidad a su conveniencia. Sin embargo, no le repone nada porque la chica de la melena sigue muy cerca de él, acompañando el paso para mantenerse a su altura por el pasillo de los vinos y licores, y no quiere romper el encanto hablando de órganos sexuales hinchados, atascados en una sopa de placer y desesperación. Mejor cambia de tema.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy por hielos.

—¿Y eso?

—Estoy a medio tour pero a una alemana ya le está dando un golpe de calor, voy aquí con los de los raspados a que me den escarcha para ponerle una toalla fría...

—Vas por hielitos para refrescar a tus gringuitos porque no aguantan un paseíto por el centro del tercer mundo —le dice engolosinando la voz con exagerada ternura como

si hablara de infantes—. No manches, diles que el calor es normal en el infierno, eso es lo de menos...

—¿Y tú, estás en el despacho? —lo ataja Lópex.

—Nel. Salí al súper.

—¡Ah! Por eso andas tan mesurado con tu lenguaje...

—Estoy en un lugar fino. No puedo decir mamarracheces...

De hecho, está en la zona más exclusiva de la ciudad, Río Mayo. Cuernavaca es en ese sentido contradictoria, pues es la capital del séptimo estado más pobre del país pero tiene la canasta básica más cara a nivel nacional. Existen muchos negocios de mucho lujo, pero uno de los lugares más caros es un supermercado, ubicado en una zona habitada por judíos millonarios. Abundan por ahí las amas de casa adineradas y las profesionistas que laboran en las oficinas cercanas quienes, como el Lic. Aguas, se esmeran desmedidamente en su apariencia para no desentonar con los ricos.

—Qué envidia que trabajes junto a un súper, puedes comprar comida cuando quieras.

—Ese es exactamente el problema. Estoy muy gordo ya. De hecho, ahora mismo estoy en un predicamento: voy a comprar pan, pero tengo en una mano un libro y en la otra el celular. No puedo sostener la charola y usar las pinzas. No quiero, pero te tengo que colgar.

—Está bien, yo tengo que apurarme, no quiero que se desmaye ninguna gringa.

—Adiós.

Cuelga y se queda sonriendo porque siempre que habla con su amigo siente una felicidad absoluta. Pero en seguida se le olvida y la sonrisa desaparece. Él cree que esas llamadas son intrascendentes, pero de hecho son los pocos momentos en los que sonrío de manera franca y espontánea, no como

cuando tiene que agradecerles a los clientes o cuando busca ser coqueto con las mujeres. Se sienta en una de las mesitas de la cafetería del supermercado, pide un americano y se dispone a leer durante los cuarenta minutos que le quedan de libertad.

La primera literatura, el primer uso impráctico de la palabra, fue el humor. Explicarles a los demás dónde golpear a un mamut para derribarlo estaba muy bien. Pero cuando uno logró narrar cómo su compañero de cacería se había enredado entre los pelos del mastodonte para terminar a un kilómetro del coto de caza, todo cubierto de caca mastodóntica, bueno, eso les dio el equivalente místico del fuego: la risa.

Hubo un tiempo en el que junto a las calles de esta ciudad corrían acequias que regalaban agua a los jardines de las huertas domésticas. El rumor de las hojas secas movidas por el viento se combinaba con el del líquido discurriendo y con el de las carretas avanzando por el empedrado de los caminos.

Lau Mundo y Lis Seda, escritoras fantasma, mitad vampiras, mitad cholas y cien por ciento robóticas cuando bailaban. Muy Tijuana las dos. Aprovechaban la frontera para hacer sus fechorías informáticas.

Usaban robots que inventaban polémicas en los perfiles de figuras públicas o empresas para analizar los comentarios de los usuarios y mediante *phishing* basado en crear perfiles falsos irresistibles en redes sociales lograban tener acceso a

las conversaciones privadas de la gente; procesaban toda esa data con un algoritmo para obtener un decantado de deseos y anhelos (es decir, dinero en bruto), que usaban como materia prima para redactar encabezados destinados al *clickbait*. Ellas se consideraban poetisas pues afirmaban que cada falso encabezado era un aforismo porque atraía con estridencia la voluntad de la gente, por lo que además cada uno de estos versos era una moneda.

Altafiores, el famoso comediante, lleva años oculto de la prensa. Impasible, recorrió una buena parte del planeta buscando algún lugar que lo aliviara de sus amarguras, hasta que se hartó de los aeropuertos y decidió refugiarse en la ciudad de la eterna primavera.

Sentado entre las abundantes flores de su jardín, con el denso humor negro aligerado hasta ser casi tolerable gracias al húmedo y perfumado calor, anota, todos los días desde hace dos años, sus impresiones sobre el sentido del humor. Es, más que un acto reflexivo, una purga: en su senectud, las risas han terminado por parecerle arcadas y desea eliminar de su sistema toda la gracia que pudiera seguir albergando.

Esta advocación mariana se celebra el 26 de febrero. Se dice que ese día de 1747, un marino de nombre David Roberto Juan se cayó por la borda del buque *San José el León*, en el que era estibador; aquella noche estuvo bebiendo y cantando junto con otros tripulantes en la bodega y cuando fue su turno de subir al alcázar a hacer su guardia estaba tan beodo que se cayó al pasar por la toldilla.

Despertó al amanecer en la playa. Su ropa estaba enganchada a los enormes clavos de una extraña pieza de madera que lo mantuvo a flote aun estando inconsciente. Lo primero que vio al abrir los ojos fue la Catedral y supo que estaba vivo por intervención divina. Cargó la pieza de madera salvadora hasta el templo y fue ahí donde se dio cuenta de que no era un pedazo de embarcación, sino la representación de un brazo femenino.

A partir de ese momento, comenzaron a llegar, transportados por las olas, fragmentos de la misma imagen de madera que, con el paso del tiempo y la recolección de sus partes, se llegó a saber que era una Virgen monumental.

Hasta nuestros días, es una incógnita la procedencia de dicha obra de arte sacro. Existen diversas hipótesis propuestas por historiadores: la más aceptada dice que hay, cerca de Luminaria, un buque colonial hundido que con el tiempo va liberando piezas, pero no existen registros históricos suficientes para ubicar la embarcación de una estatua de semejante tamaño.

Imperan los muros semiderruidos, las albercas abandonadas, los tubos herrumbrosos que emergen de todos lados (el subsuelo, el asiento del camión, la pared), los jardines de malezas desbocadas, las siniestras casonas coloniales, los muros pintados y repintados que acumulan los alucinantes rótulos de los negocios que abrieron y cerraron en el mismo edificio durante un siglo, plantas que agrietan los muros, casas construidas sobre altas columnas en el vacío de las barrancas... El hábitat es un accidente, un ecosistema urbano que crece al dictado de unas leyes misteriosas e incomprensibles. A veces se siente